

Cuando llegó el tiempo del intercambio de regalos de Navidad, sabía que debía ayudar a Danny con su regalo, como ya había hecho con otros alumnos. Le mostré varios materiales que compré para el intercambio. Eligió algo y se entusiasmó cuando le di papel para envolver.

Ese año, las madres del grado, benditas sean, juntaron veinticinco centavos de cada niño que podía darse el lujo y me compraron un regalo. Se supone que yo no debía saberlo, pero hay muy poco que se le pasa a una maestra en su propia aula, especialmente con el dinero en el momento del almuerzo. El niño recibía veinticinco centavos de vuelto y lo guardaba en su bolsillo con una risa. Danny tenía el almuerzo gratis, así que estaba segura de que él no podría aportar su parte. Pero eso es lo lindo de este tipo de regalos, nunca sabré quién contribuyó y quién no. La tarjeta decía que era de parte de toda la clase.

El día de la fiesta siempre era emocionante. Durante la tarde, miramos una película de Navidad. Danny me preguntó si podía tomar prestado unas hojas de papel y algunos marcadores. No dudé, pero estaba un poco sorprendida. Apareció más tarde y me preguntó si podía tomar un pedazo de cinta adhesiva. Se lo di con gusto. Intercambiamos los regalos y luego los estudiantes me agasajaron con el regalo de todos. Lamento decir que no recuerdo qué me dieron porque, después que se fueron, me dirigí a ordenar mi escritorio. Encontré una creación doblada, construida con papel rojo. La abrí y lei. Antes de terminar estaba llorando tanto que no podía ver. La nota decía: "Para mi maestra favorita. Usted siempre estuvo allí para mí y en verdad se lo agradezco. No pude aportar nada para comprarle algo, así que le doy todo lo que tengo. Feliz Navidad. Con amor, Danny". Dentro, había diez centavos encintados, todo lo que él tenía.

Karen Wasmer

El regalo de Danny

Yo enseñaba en el mismo pequeño pueblo donde crecí, en la misma aula de cuarto grado donde alguna vez fui estudiante. En general, el primer día de clases no tiene sorpresas. Conocemos a cada estudiante, a sus padres y a sus abuelos.

Pero ese año era diferente. Danny se había mudado desde Kentucky. Era el mayor de cinco hermanos. El padre de Danny conducía camiones y no estaba mucho en casa, su madre, cuando podía, realizaba trabajos ocasionales para ayudar a llegar a fin de mes. En octubre, coloqué el nombre de Danny en la lista de guantes y gorros (un programa que facilita guantes y gorros a los niños de bajos recursos). Estaba tan orgulloso cuando recibí su gorro y sus guantes. Se los puso para el recreo y los guardó cuidadosamente en su escritorio cuando volvió al aula. Una vez terminado el día estaba enderezando los pupitres y del todo de Danny cayó un guante, lo abrí y encontré el otro guante y su gorro nuevo. Cuando le pregunté acerca de ello, me explicó que esas cosas se perdían con facilidad en su casa y él no quería perder sus cosas nuevas.

Danny no tenía mucho de qué sentirse orgulloso. No era un muy buen estudiante pero se esforzaba mucho. Su mejor materia era arte y yo sabía que no tenía acceso a ninguno de los materiales, así que cada vez que me pedía papel o marcadores no dudaba en dárselos. Era un artista en verdad extraordinario, incorporé varios proyectos de arte en el programa de lectura de ese año para aumentar su autoestima.